

pero como se haria una injuria al amor maternal tomándole por un resultado de la razon únicamente, es necesario conservar en todas las virtudes lo que ellas tienen de meramente natural, reservándose esparrir despues nuevas luces sobre la mejor direccion de estos impulsos inconsiderados.

La filosofia puede descubrir la causa de los afectos que experimentamos; pero no debe caminar ella mas que por las sendas que semejantes afectos le señalan. El instinto y la razon nos enseñan la misma moral: la Providencia le repitió por dos veces al hombre las mas importantes verdades, á fin de que no pudiesen ocultarse ellas de las conmociones de su alma, ni de las investigaciones de su entendimiento.

El hombre que se estravía en las ciencias físicas, es atraído otra vez hácia la verdad con la aplicacion que él debe hacer de sus combinaciones á los hechos materiales; pero ¿como puede asegurarse, el que se dedica á las ideas abstractas de que se forman las ciencias morales, si será justo y bueno en la

ejecucion lo que él imagina? ¿como puede disminuir el coste de la experiencia, y prever lo futuro con alguna certeza? únicamente sujetando la razon á la virtud. Sin esta, no puede subsistir cosa ninguna; ni ninguna puede triunfar contra ella. La idea consolatoria de una Providencia puede hacer las veces de cualquiera otra reflexion; pero es necesario que los hombres divinicen la moral misma, cuando se niegan á reconocer por autor suyo á un Dios.

CAPITULO VII.

Del Estilo de los escritores y magistrados.

ANTES que la carrera de las ideas filosóficas promoviera en Francia la emulacion de todos los hombres ilustrados, los libros en que se ventilaban con finura cuestiones de literatura ó moral, cuando estaban escritos ele-

gante y correctamente, lograban una aceptación del primer orden. Existían, antes de la revolución, muchos escritores que se habían grangeado una suma reputación, sin considerar nunca los objetos bajo un aspecto general, y reduciendo todas las ideas morales y políticas á la literatura, en vez de enlazar la literatura con todas las ideas morales y políticas.

Ahora es imposible interesarse fuertemente en aquellas obras, que no son mas que ingeniosas, no abrazan las materias que ellas tratan en su conjunto, y no las presentan nunca mas que por un lado, mas que por particularidades que no se reúnen con las ideas primeras, ni con las impresiones profundas de que se compone la naturaleza del hombre.

El estilo pues debe sufrir mudanzas, con la revolución que se efectuó en los espíritus é instituciones; porque el estilo no consiste únicamente en los giros gramaticales; sino que depende tambien del fondo de las ideas, de la naturaleza de los talentos; y no es él

una mera forma. El estilo de las obras es como el genio de un hombre; este genio no puede estar ageno de sus opiniones y afectos; modifica todo su ser.

Examinemos pues qué estilo debe convenir á escritores filósofos, y en una nación libre.

Las imágenes, los afectos é ideas representan bajo tres formas distintas las mismas verdades al hombre; pero subsiste un mismo enlace, una misma consecuencia en estas tres reglas del entendimiento. Cuando descubrimos un nuevo pensamiento, hay en la naturaleza una imagen que sirve para pintarle, y en el corazón un afecto que corresponde con este pensamiento por relaciones que la reflexión hace descubrir. No llegan los escritores en la convicción y entusiasmo al supremo grado, mas que cuando saben tocar á un mismo tiempo estas tres teclas, cuyo concierto no es otra cosa mas que la armonía de la creación.

Con arreglo á la mas ó ménos completa reunión de estos medios de influir sobre los

afectos, imaginacion, ó juicio, podemos apreciar el mérito de los diferentes autores. No hay estilo ninguno digno de elogio, si él no encierra á lo ménos dos de las tres calidades que, reunidas, son la perfeccion del arte de escribir.

Los bosquejos finos, los pensamientos sutiles y delicados que no forman parte de la grande cadena de las verdades generales, el arte de abrazar relaciones ingeniosas, pero que ejercitan el talento en la separación del alma en vez de tomar su principal fuerza en ella, este arte no pone en el primer lugar á un autor. Si individualizamos mucho las ideas, se escapan ellas de las imágenes y afectos, que reúnen en vez de dividir. Las espresiones abstractas que no recuerdan en nada los impulsos del corazon del hombre, y desecan su imaginacion, no convienen mas á aquella naturaleza universal cuyo sublime conjunto debe representarse por un primoroso estilo. Las imágenes que no despiden luz sobre idea ninguna, no son mas que fantasmas estrayagantes ó pinturas de simple

entretenimiento. Los afectos que no despiertan en el pensamiento idea ninguna moral, ni ninguna reflexion general, son probablemente afectos ficticios que no corresponden á nada de verdadero en ninguna especie.

No presentando nunca Marivaux, por ejemplo, mas que el lado afectado de los bosquejos intelectuales, carecen de filosofia y palpables pinturas sus escritos. Los afectos que no pueden referirse á ideas justas, no son capaces de imágenes naturales. Los pensamientos que pueden presentarse bajo el duplicado aspecto de los afectos é imaginacion, son pensamientos primeros en el orden moral; pero las ideas muy finas no tienen términos de comparacion en la naturaleza animada.

En las ciencias exactas, no tenemos necesidad mas que de las formas abstractas; pero desde que tratamos sobre cualquiera otro asunto filosofico, nos es necesario permanecer en aquella region, en que podemos valernos á un mismo tiempo de todas las

facultades del hombre, la razon, imaginacion, y afectos; facultades que todas concurren igualmente, por diversos medios, al progreso de las mismas verdades.

Fenelon concilia juntamente los afectos dulces y puros con imágenes que deben pertenecerles; Bossuet, los pensamientos filosóficos con las magestuosas pinturas que les convienen; Rousseau, las pasiones del corazon con los efectos de la naturaleza que las recuerdan; Montesquieu está mas próximo, especialmente en el diálogo de Eucrates y Sila, á reunir todas las calidades del estilo, el enlace de las ideas, la profundidad de los afectos, y la vehemencia de las imágenes. Hallamos, en este diálogo, lo que los grandes pensamientos tienen de autoridad y elevacion, con la espresion figurada necesaria para la completa esplanacion del bosquejo filosófico; y experimentamos, al leer las bellas páginas de Montesquieu, no el enternecimiento ó enagenamiento que la elocuencia apasionada debe engendrar, sino la conmocion que causa quanto es admirable en

cualquiera especie, la conmocion que esperrimentan los estrangeros cuando entran por la primera vez en San Pedro de Roma, y descubren á cada instante un nuevo primor que la perfeccion y magestuosa impresion del conjunto se absorbian por decirlo asi.

Malebranche intentó reunir, en sus obras de metafísica, las imágenes con las ideas; pero como sus ideas no eran justas, no pudo conocerse mas que muy imperfectamente la conexiön que él queria establecer entre ellas y sus sobresalientes imágenes. Garat, en sus Lecciones de las Escuelas normales, modelo de perfección en esta clase, y Rivarol, á pesar de algunas espresiones afectadas, hacen concebir perfectamente la posibilidad de esta concordancia entre la imagen sacada de la naturaleza física, y la idea que sirve para formar la cadena de los principios y espõsiciones suyas en el orden moral. ¿ Quien sabe hasta donde podrá llevarse esta fuerza de analisis, que, reunida con la imaginación, tan léjos de destruir cosa ninguna, da un nuevo

vigor á todo; y semejante á la naturaleza, reúne los diversos elementos de la vida en un mismo receptáculo?

Semejante reunion es necesaria, sin duda, para la perfección del estilo; pero ¿ es menester concluir de ello, que deban desterrarse absolutamente las obras de pensamiento que están destituidas de imaginacion en el estilo, ó los libros de imaginacion faltos de pensamiento? No es menester escluir cosa ninguna; pero debe confesarse que los libros filosóficos que no recurren nunca á los afectos, ni á la imaginación, favorecen de un modo mucho ménos útil la propagacion de las ideas, y que las obras de literatura que no están llenas de ideas filosóficas, ó de aquella sensible melancolía que representa los grandes pensamientos, cautivan todos los dias ménos el voto de los hombres doctos.

Un libro sobre los principios del gusto, sobre la pintura, sobre la música, puede ser un libro filosófico, si habla al hombre todo entero, si despierta en él los afectos y pensamientos que engrandecen todas las cues-

tiones. Un discurso sobre los mas graves intereses de la sociedad humana, puede fatigar el espíritu, si no contiene mas que ideas del dia, si no presenta mas que las relaciones estrechas de los objetos mas graves, y si no conduce el pensamiento hácia las consideraciones generales que le interesan.

El encanto del estilo dispensa del esfuerzo que la concepcion de las ideas abstractas requiere; las espresiones figuradas nos recuerdan cuanto tiene vida, las pinturas vivas nos dan fuerzas para seguir el tejido de los pensamientos y racionios. No tenemos ya necesidad de luchar contra las distracciones, cuando está cautivada la imaginación que las causa, y sirve ella misma para la fuerza de la atencion.

Las obras meramente literarias, si no encierran aquella especie de análisis que engrandece cuantas materias trata ella, si no caracterizan las particularidades, sin perder de vista el conjunto; si no prueban al mismo tiempo el conocimiento de los hombres y el

estudio de la vida, parecen, por decirlo así, tareas pueriles. Se quiere que un hombre, en un estado libre, cuando él se hace notar por una obra, indique en semejante obra las importantes prendas que la república puede reclamar en algun dia de un ciudadano suyo, cualquiera que él sea. Una obra que no está escrita con filosofía, clasifica á su autor entre los artistas, pero no entre los meditadores.

Se incurrió, despues de la revolucion, en un defecto singularmente destructivo de todos los primorés del estilo; se quiso hacer abstractas todas las espresiones, abreviar todas las frases con verbos nuevos que despojan el estilo de toda su gracia, aun sin darle mas precision *. Ninguna cosa es mas contraria al verdadero talento de un grande escritor. La concision no consiste en el arte de disminuir el número de las palabras; consiste todavía ménos en la privacion de las imágenes. La concision que conviene envidiar, es la de Tácito, la que es elocuente y nerviosa

* *Utilizar, aclarar, precisar, etc.*

juntamente; y tan léjos de que las imágenes perjudiquen á aquella brevedad de estilo justamente admirada, las espresiones figuradas son las que representan mas pensamientos con ménos términos.

No es tampoco perfeccionar el estilo, el inventar voces nuevas. Los maestros del arte pueden introducir algunas, cuando las inventan involuntariamente, y como arrastrados por el impulso de su pensamiento; pero no hay, en general, mas seguro indicio de la esterilidad de las ideas, que la invencion de las palabras. Cuando un autor se toma la libertad de crear una nueva, el lector que no está connaturalizado con ella, se para á fin de juzgarla; y esta distraccion perjudica al efecto general y seguido del estilo *.

* Cuando la Academia francesa existia, recogia este cuerpo todos los años las palabras que el uso ó los buenos autores habian introducido, y declaraba cuales eran las que el uso habia desterrado. La lengua francesa, como todas las demas, adquiria pues entónces nuevas palabras que substituan á las que ella perdía, ó la enriquecian toda-

Cuanto hemos dicho sobre el mal gusto, puede aplicarse igualmente á todos los de-

vía. Lo recomienda Horacio en su Arte poética, cuando dice: « Es lícito, y lo será siempre, el dar curso á nuevas voces en la lengua; y así como cuando los montes mudan de hojas, caen las primeras para hacer lugar á las siguientes, así también las palabras antiguas se gastan con el tiempo, mientras que las nuevas tienen toda la frescura y vigor de la juventud. »

Sería perjudicar al estilo frances, el sentar que no hay licencia para servirse ahora de una voz que no se halle en el Diccionario de la Academia. El trabajo de este Diccionario se suspendió hace ya diez años, y estos diez años estimuláron afectos é ideas de una especie totalmente nueva. Sería menester quizas que el Instituto, aquella sociedad la mas magestuosa de la Europa por la reunion de cuantos hombres doctos forman la gloria de la república, diera á la clase de las buenas letras el encargo de justificar y fijar los progresos de la lengua francesa.

No existe autor ninguno de algun talento que no haya introducido una frase ó espresion nueva; y el tiempo sancionó los atrevimientos del ingenio. Delille, en su poema del *Hombre de los Cam-*

fectos del lenguaje empleado por muchos escritores de diez años á acá; hay sin em-

pos, se sirvió de una palabra nueva, inspiratriz, *la lámpara inspiratriz*, etc. Pero como no existen atrevimientos acertados cuyos motivos no puedan indicarse por la razon, examinemos cuales son las reglas que pueden servir para juzgar si uno debe tener licencia para introducir una nueva voz.

Siempre que un escritor recurre á una nueva palabra, es menester que la fuerza misma del sentido le haya conducido á emplearla; y que tan léjos de haber buscado esta especie de singularidad, falte como á pesar suyo á la regla que él se habia formado de evitarla. Cuando la finura de las ideas ó la energía de los afectos infunde la necesidad de una espresion mas modificada ó de un término mas elocuente, la palabra de que uno se sirve, aunque fuera inusitada, parece natural. El lector no echa de ver desde luego que esta palabra es nueva pues en tanto grado le parece necesaria; y pasmado de la precision de la espresion, de su perfecta conformidad con la idea que ella debe representar, no es distraido del interes principal ni del impulso del estilo, mientras que una voz estravagante distraeria su atencion en vez de cautivarla.

bargo algunos defectos de estos que dependen mas directamente del influjo de los

Cuando hacemos uso de una palabra nueva, es menester que esté bien probado, para cuantos saben leer, que no habia en la lengua ningun otro término que representara precisamente la misma modificacion de pensamiento, ni un acertado giro que debiera producir una igual impresion. Admitida una palabra por la primera vez en el estilo elevado, si es buena, de nueva que era, llega á hacerse familiar en breve á todos los escritores, los que la traen á su memoria naturalmente como inseparable de la imágen ó pensamiento que ella espresa.

Si un escritor se resuelve á inventar una voz, es menester que ella sea conforme con la analogia de la lengua, porque no debe inventarse nada mas que progresivamente: el espíritu tiene necesidad de enlace en todas las cosas. En las ciencias, fué la casualidad causa de hacer grandes descubrimientos; pero no se acordó la fama de ingenio mas que á los que llegaron á nuevos resultados por medio de una serie de principios y consecuencias. Me atreveré á decir que sucede lo mismo con cuanto depende de la imaginacion, aunque su curso está ménos sujeto. Lo que admiramos

sucesos políticos. Me propongo notarlos al hablar de la elocuencia.

realmente, no es una idea completamente inesperada, sino una sorpresa bastante graduada para que el espíritu esté satisfecho, y no turbado. El escritor es tanto mas perfecto, cuanto mas sabe comunicar de antemano á sus lectores una especie de interior anuncio ó confusa necesidad de los primores mismos que los pasmarán. Estos grandes principios de la literatura tienen su aplicacion en las mas pequeñas particularidades del estilo.

Ultimamente no conviene admitir una nueva voz, á no ser que sea armoniosa. La armonía es una de las primeras calidades del estilo; y es romper la lengua francesa, el introducir en ella sonidos que ofendan el oido. Penetrándose el alma de los afectos nobles y pensamientos elevados, experimenta una especie de calentura que le da nuevas fuerzas para el talento y la virtud. La armonía de las palabras aumenta mucho la inmutacion causada por una generosa elocuencia.

No me es necesario decir que ninguna de estas condiciones impuestas á la invencion de las palabras es aplicable á las ciencias, las cuales necesitan de términos nuevos para hechos nuevos; y las

Se perfecciona el estilo necesariamente de un modo notabilísimo, si hace la filosofía nuevos adelantamientos. Los principios literarios que pueden servir para el arte de escribir, se esplanaron ya casi todos, pero el conocimiento y estudio del corazón humano deben aumentar todos los días el tacto seguro y rápido de los medios que hacen impresión en los ánimos. En general, siempre que un discurso ó obra no conmueven, ni

verdades positivas requieren una lengua tan positiva como ellas. Pero el arte de escribir en literatura está compuesto de tantas modificaciones, varias ideas finas y fugaces ejercen tanto influjo sobre el gusto que una cierta espresion hace experimentar, sobre la aversion que otra espresion infunde, que para escribir bien es preciso estudiar con el mas delicado cuidado cuanto puede obrar en la imaginacion de los hombres. Se podría componer un tratado sobre el estilo con arreglo á los manuscritos de los superiores escritores; cada rayadura supone una infinidad de ideas que deciden á menudo el espíritu sin advertirlo nosotros; y sería picante el indicarlas todas y analizarlas bien.

arrastran á un público imparcial, el autor tiene la culpa de ello; pero es menester atribuir casi siempre las faltas suyas como escritor á lo que le faltaba como moralista.

Acaece de continuo en el trato humano, cuando oimos á sugetos que tienen el designio de hacer creer en sus virtudes ó sensibilidad, que notamos cuan mal han observado ellos la naturaleza, de cuyos distintivos característicos quieren ser imitadores. Los escritores hacen incesantemente faltas semejantes, cuando quieren esplanar profundos afectos ó verdades morales. Hay sin duda materias en las que el arte no puede suplir á lo que uno experimenta realmente; pero hay otras que el talento podría tratar siempre con acierto, si se hubiera reflexionado profundamente sobre las impresiones que los mas de los hombres resienten, y sobre los medios de engendrarlas.

La graduacion de los términos, la propiedad y eleccion de las palabras, la rapidéz de las formas, la ilustracion de algunos motivos, el estilo finalmente se insinúan en

la persuasión de los hombres. Una espresion que no muda en nada lo substancial de las ideas, pero cuya aplicacion no es natural, debe transformarse en objeto principal para losmas de los lectores. Un epíteto muy fuerte puede destruir enteramente un argumento verdadero; la mas leve modificacion desconcierta totalmente la imaginacion dispuesta á seguir al escritor; una obscuridad de composicion que la reflexion penetraria muy fácilmente fatiga de repente el empeño que aquel infundia; el estilo por último requiere algunas de las prendas necesarias para conducir á los hombres. Es preciso conocer sus defectos, contemporizar con ellos unas veces, dominarlos otras, pero guardarse bien de aquel amor propio que acusando á una nacion mas bien que á sí mismo, no quiere tomar la opinion general por supremo juez del talento.

Las ideas en sí mismas son independientes del efecto que surten ellas; pero llevando el estilo precisamente la mira de hacer abrazar á los hombres las ideas que él espresa,

si el autor no sale con acierto, es que su penetracion no ha sabido descubrir todavía el camino que conduce á aquellos secretos del alma, á aquellos principios del gusto de que debe hacerse dueño uno para atraer á su opinion la de los otros.

En el estilo mas particularmente se nota aquella elevacion de espíritu y alma que da á conocer las prendas del hombre en el escritor. La conveniencia, nobleza, y pureza del lenguaje dan sumo incremento en todos los países, y con especialidad en los que se halla establecida la igualdad política, á la estimacion de los que gobiernan. La verdadera magestad del lenguaje es el mejor medio de declarar todas las distancias morales, y de infundir un respeto que mejora al que le experimenta. El talento de escribir puede ser una de las potestades de un estado libre.

Cuando los primeros magistrados de un país poseen esta potestad, forma ella un vínculo voluntario entre los gobernantes y gobernados. Sin duda son las acciones la

mejor garantía de la moralidad de un hombre : no obstante esto, creeria yo que existe un acento en las palabras, y por consiguiente un carácter en las formas del estilo, que testifica las prendas del alma con mas certeza todavía que las acciones mismas. Esta especie de estilo no es un arte que pueda aprenderse con talento, es la persona misma, es el sello suyo.

Trasladándose los hombres de imaginación al papel de los demas, pudieron descubrir lo que otro hubiera dicho; pero cuando habla uno en su propio nombre, manifiesta su propio modo de pensar, aun cuando se esfuerza á ocultarle. No existe ni siquiera un solo autor que, hablando de sí, haya sabido dar de sí mismo una idea superior á la verdad; una palabra, una transición falsa, una espresion exagerada revelan al espíritu lo que se querria ocultarle.

Si el hombre del mayor talento, como orador, fuera acusado ante un tribunal, seria imposible no juzgar, por su modo de defenderse, si está inocente ó culpable. Siempre

que las palabras estén destinadas á servir de testimonio, no es posible desfigurar en el lenguaje el carácter de verdad que grabó la naturaleza en ellas; no es ya un arte falaz, sino una señal irrecusable; y lo que uno experimenta, se le suelta de mil modos en lo que dice.

Seria sumamente digno de compasion el hombre virtuoso, si no le quedaran algunas pruebas que el malo no pudiera robarle, un sello divino que sus semejantes no debieran desconocer nunca. La serena espresion de un elevado afecto, la espresion clara de un hecho, aquel estilo de la razon que no conviene mas que á la virtud, no pueden fingirse por el espíritu; y semejante lenguaje no solamente es un efecto de las ideas honradas, sino que tambien las infunde con fuerza.

La perfeccion noble y sencilla de ciertas espresiones impone respeto aun al que las profiere; y entre los dolores anejos al envilecimiento de sí mismo, sería menester contar tambien la pérdida de aquel lenguaje,

que causa al hombre digno de servirse de él la exaltacion mas pura y la conmocion mas deliciosa.

Este estilo del alma, si puedo espresarme así, es uno de los primeros medios de la autoridad en un gobierno libre. Este estilo dimana de una tal serie de afectos concordes con los deseos de todos los hombres honrados, de una tal confianza y respeto para la opinion pública, que él es la prueba de mucha felicidad precedente, y la garantia de mucha felicidad futura.

Cuando anunciando un Americano la muerte de Washington, decia : *Ha agradado á la divina Providencia retirar de nuestro seno á este hombre, el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en los afectos de su pais* ; cuantos pensamientos, cuántas afecciones se recordaban con estas espresiones ! ¿ No nos indica este recurso á la Providencia, que en aquel pais no se han ridiculizado de modo ninguno las ideas religiosas, ni los pesares espresados con el enternecimiento del corazon ? Este elogio tan sencillo de un varon

insigne, esta graduacion que supone por último grado de la gloria los afectos de su pais, hace experimentar al alma la mas profunda conmocion.

¡ Cuantas virtudes no supone, en efecto, el amor de una nacion libre para con su primer magistrado ! ¡ el amor constante para con una reputacion de cerca de veinte años, para con un hombre, que, volviendo por su eleccion á la clase de simple particular, atravesó el poder en el viage de la vida, como un camino que conducia al retiro, al retiro ilustrado con los mas nobles y gratos recuerdos !

Nunca, en nuestras crisis revolucionarias, nunca hubiera hablado hombre ninguno aquella lengua de la que he citado algunas notables palabras ; pero en cuanto nos ha llegado de las relaciones que existieron por escrito entre los magistrados de América y los ciudadanos, se halla aquel estilo verdadero, noble y puro cuyo genio inspirador es la conciencia del hombre honrado.

Me atreveré á decir que mi padre es el

primero, y hasta ahora el mas perfecto dechado del arte de escribir, para los hombres públicos, de aquel talento de apelar á la opinion, de valerse de su auxilio para sostener el gobierno, de avivar en el corazon de los hombres las máximas de la moral, potestad de que los magistrados deben mirarse como representantes, potestad la cual sola les da derecho para pedir sacrificios á la nacion. A pesar de nuestras pérdidas de toda especie, existe un conocido progreso, desde M^r Necker, en la lengua de que hacen uso los gefes de muchos gobiernos. Entraron estos en exámen con la razon, aun á veces con los afectos; pero fuéron inferiores, en mi entender, á aquella elocuencia persuasiva, en la que ningun hombre igualó todavía hasta aquí, á M^r Necker.

Los gobiernos libres están destinados incessantemente, por la forma misma de sus instituciones, á esplanar y comentar sus resoluciones. Cuando, en los momentos de peligro, no dirigian los magistrados á los Franceses mas que las frases triviales, la elocuen-

cia usada frecuentemente por los partidos entre sí, no influían en nada sobre la opinion. El espíritu público se debilitaba á cada esfuerzo inútil que se probaba para restablecerle; se solicitaba el entusiasmo; y el entusiasmo estaba mas distante que nunca de renacer, por lo mismo que le habian invocado en balde.

Quando está admitida una vez la potestad de la palabra en los intereses políticos, es ella de la mas grave importancia. En los estados en que la ley tiránica descarga sus golpes silenciosamente sobre las cabezas, pertenece la consideracion cabalmente á aquel silencio, que deja suponerlo todo á la voluntad del temor ó esperanza; pero quando el gobierno entra con la nacion en el exámen de sus intereses, únicamente la nobleza y simplicidad de las espresiones de que él se vale pueden merecerle la confianza nacional.

Sin duda los hombres mas insignes conocidos no fuéron todos sobresalientes como escritores; pero hay poquísimos que no hayan ejercido el dominio de la palabra. To-